

LA MONEDA

Relato dramático en trece escenas y un prólogo.

PERSONAJES

BERNARDO, muchacho de quince años.

CARLOS, joven de veinte años, amigo de Bernardo.

ENRIQUE, amigo de Bernardo también, de diecisiete años.

MADRASTRA, mujer todavía joven.

PADRE, hombre de unos cincuenta años.

MARISA, muchacha de dieciséis años.

MARTHA, amiga de Marisa, y de la misma edad.

Acción en México. Época actual.

PRÓLOGO

Una moneda no sólo significa un trozo de metal que sirve para efectuar transacciones comerciales; una moneda puede llevar en sí misma las ilusiones de muchas cosas; quizá algo de nosotros mismos, la gratitud de las manos de un limosnero, la de un juego de azar, tal vez algún recuerdo y hasta un aliciente cuando cae en nuestras manos después de haber trabajado para ganarla.

Sin dejar de ser un símbolo de la historia de nuestro país, la moneda de cobre de veinte centavos que hemos visto desde chicos, tiene algo más: una sonrisa, un instante de felicidad, un recuerdo, una tragedia y, en fin, veinte centavos en metal que al caer en águila o sol hacen sonora su existencia.

ESCENA I

Una calle en la ciudad de México. Tres muchachos pasan corriendo y a uno de ellos se le cae una moneda sobre el pavimento y se agacha para recogerla. Se oyen silbatos de policías que se acercan. Y mientras los otros corren, el muchacho que recoge la moneda se asusta y se queda quieto al oír el frenazo de un coche, mirando absorto algo lejano y transportándose con el pensamiento unos meses atrás.

ESCENA II

Una cafetería de la avenida Insurgentes. En una de las mesas está sentado BERNARDO; tiene la mirada fija, denotando preocupación; fuma incesantemente y se comporta como si fuese mayor. Luego llegan sus amigos CARLOS y ENRIQUE.

CARLOS.—¡Novato!...

ENRIQUE.—¡Bernardo!...

CARLOS.—(A ENRIQUE.) ¡Mira eso! (Señala a BERNARDO y pasa de largo a sentarse en otra mesa.)

ENRIQUE.—¡No, hombre, que éste es cuate!
(*Dirigiéndose a BERNARDO.*) ¿Verdad?

CARLOS.—¡Ah, sí, es cuate! (*Le da la mano.*)

ENRIQUE.—¿Traes tabaco? (*Le toma la bolsa de la camisa y BERNARDO se cubre inmediatamente.*)

BERNARDO.—¡Hombre!

CARLOS.—¡Ay sí, tú!

ENRIQUE.—Vente, vámonos.

BERNARDO.—¡Oh, no estén jugando! . . . ¡Ahí están! (*Echa los cigarros sobre la mesa. CARLOS se abalanza sobre ellos, toma la cajetilla, saca tres cigarrillos con largas uñas y se los da a ENRIQUE.*)

ENRIQUE.—(*Tomándolos.*) ¡Ay, míralo! Si eres . . .

CARLOS.—(*Aventando dos más sobre la mesa, dice a BERNARDO.*) ¿Qué hay? ¿Qué te has hecho?

BERNARDO.—Nada, vagar . . .

ENRIQUE.—¡Cómo! ¿Vagar ahora cuando hay tantas chamacas de los cursos de verano?

CARLOS.—¡Cállate! Qué, ¿no ves que es más chico? ¡Ya lo verás cuando tenga tu edad! . . .

BERNARDO.—¡Qué tiene que ver que sea más chico! . . . ¡Estoy en secundaria! . . . (ENRIQUE *ríe.*)

CARLOS.—¡Que te calles! Yo nunca acabé la primaria. No te preocupes; es que éste es tonto.

ENRIQUE.—(A BERNARDO.) Bueno, ¿qué te vas a disparar?

BERNARDO.—Sólo traigo un peso para el camión. (*Lo enseña.*)

CARLOS.—¡Tú quémallo con los cuates! (*Toma el peso.*)

ENRIQUE.—No sirve ni para un café.

CARLOS.—¿Qué tal si lo jugamos a la baraja?

BERNARDO.—No jueguen; es para pagar mi refresco. (ENRIQUE *saca una baraja y empieza a prepararla.*)

CARLOS.—¿No que es para el camión? ¡Tú espérate, esto es juego de hombres!

ENRIQUE.—(*Reparte las cartas y empiezan a jugar.*) ¡Te va a gustar, manito!... ¡Se pone siempre de ambiente!

BERNARDO.—(*Toma las cartas y dice algo entre dientes.*) ¡Si yo tuviera más dinero, tendría más amigos!

ESCENA III

Una estancia: sala comedor. Son las diez de la noche. Entra BERNARDO que viene de la calle. Se quita la chamarra, se alisa el copete frente a un espejo, echándose el pelo hacia atrás, y luego pone en el tocadiscos un rock & roll a todo volumen. Mientras tanto, va por un vaso de leche y regresa castañeteando los dedos al compás de la música, cuando oye a su MADRASTRA que lo llama desde dentro.

MADRASTRA.—¡Bernardo! (*Él, sin hacer caso, empieza a bailar. Ella penetra en la sala toda despeinada, poniéndose la bata y, furiosa, apaga el tocadiscos.*) ¿Te parece correcto? (*BERNARDO, indiferente, la hace a un lado y va a prender de nuevo el aparato.*) ¡Son las diez de la noche y tus hermanitos están durmiendo!

BERNARDO.—¡Hermanitos!... ¡Tus hijos!

MADRASTRA.—¡Por favor, Bernardo, vete a la cama, no quiero ponerme de mal humor!

BERNARDO.—¡No te pongas en papeles que no te tocan! ¡Eso lo debiste haber pensado antes de meterte en esta casa!

MADRASTRA.—¡Te lo suplico, no hables así! Hay cosas que no es necesario explicar; pero contigo todo es insuficiente. Yo ya he hablado mucho con tu padre, he tratado de comprenderte y te he soportado hasta donde cabe; pero

llega un momento en que una ya no puede más y...

BERNARDO.—¿Sabes lo que yo siento cuando te veo?

MADRASTRA.—(*Cortando.*) No se trata ya de lo que tú sientas. Eso sería darte demasiada importancia. Ahora hay cosas de más trascendencia en esta casa; tú ya estás grande y sigues siendo un niño.

BERNARDO.—¡No me hables así!... ¿Quién eres tú?... ¡No sabes cómo me molestas!

MADRASTRA.—¡Estás en un plan terrible! ¡Vete a tu cuarto, por favor, es conveniente para los dos!... (*Se dirige a la puerta de la recámara y la abre haciendo un ademán para que BERNARDO pase.*)

BERNARDO.—(*Despectivo, deja el vaso en la mesa, toma sus libros y al pasar dice con ironía:*) ¡Hasta mañana, mamá! (*Ríe.*)

ESCENA IV

Recámara de BERNARDO. Éste, después de cerrar la puerta, arroja los libros sobre su escritorio, se pone la pijama y comienza a estudiar.

BERNARDO.—(*Poniendo la cabeza entre las manos.*) ¡No puedo! ¡Estoy cansado, esta materia es horrible!... ¡Y que tenga que sopor-

tarla con todo y maestro hasta fin de año!...
(Cierra el libro, mira unas calificaciones y, súbitamente, unas voces le atormentan.)

VOCES.—¡Has reprobado!... ¡Pierdes el tiempo!... ¡Has reprobado el año!... ¡Estás perdiendo el tiempo! *(Aumenta el murmullo.)*

BERNARDO.—*(Arrojando al suelo la libreta de calificaciones.)* ¡Calificaciones, molestias, estudiar!... ¡Estoy harto! *(El murmullo se calma.)*

ESCENA V

BERNARDO y su PADRE que entra.

PADRE.—¿Todavía despierto, hijo?

BERNARDO.—¡Estas tareas, papá!... ¡Ni siquiera las ven los maestros!

PADRE.—Ya es muy tarde, mejor acuéstate, y si quieres te mando despertar mañana temprano.

BERNARDO.—¡Mandarme despertar!... ¿Con quién? ¿Con esa señora?...

PADRE.—¡Por qué hablas así! Es una buena mujer, ha sabido tomar su lugar y bien puede ser una buena madre para ti.

BERNARDO.—¡Una madre... tal vez! ¡Pero no la mía!

PADRE.—Bernardo, ¿por qué no tratas de ser

como todos los muchachos? No podemos vivir siempre así. Yo comprendo que una madrastra nunca substituye a la madre; pero ya han pasado tres años, tus hermanos están creciendo y no es justo crearles complejos. Por el bien de todos, debieras aceptar las cosas como son.

BERNARDO.—¡Papá, yo fui antes tu hijo!...

PADRE.—Bueno, sí... y lo sigues siendo tanto como ellos.

BERNARDO.—Tú nunca pensaste en mí; ése ha sido el problema de siempre. Todo lo has hecho para ayudarme, pero jamás has contado con mi opinión. Me buscaste una madre cuando ya no la necesitaba, y así me has querido dar todo y no me has dado nada.

PADRE.—Yo siempre he querido lo mejor para ti. Todos los padres hacemos lo mismo; pero desgraciadamente nunca sabemos en realidad lo que nuestros hijos necesitan.

BERNARDO.—No necesitamos nada. Yo sólo quisiera que no estuvieran pendientes siempre de mí. La ayuda me molesta; quisiera tener mis problemas para resolverlos yo, recibir sonrisas cuando las merezca, consejos cuando sea oportuno y no estar aguantando más situaciones forzadas.

PADRE.—Yo ya procuro platicar contigo lo

más posible. ¡No sabes cuánto me gustaría que tuvieras confianza en mí y que yo pudiera hacer lo mismo contigo! Pero apenas nos vemos, sólo en la mañana temprano y algunas veces en las noches, y siempre te veo triste. ¿Por qué no te distraes más con tus amigos? Eso te haría ser como los demás muchachos de tu edad.

BERNARDO.—Claro que me gustaría tener buenos amigos, pero no es fácil. En la escuela estoy solo; mis primos, desde que tienen coche, no me hablan, yo nunca traigo dinero como traen ellos y . . . ¡dos pesos diarios no estén como para invitar a muchachas al teatro!

PADRE.—Cuando yo tenía tu edad me daban veinte centavos y era tan feliz como cualquiera.

BERNARDO.—Es que ahora todo es distinto. Los tiempos han cambiado. En esta época los muchachos tenemos más compromisos; hay cafés, novedades, paseos y cosas que sólo con dinero se pueden disfrutar. Nada se puede hacer actualmente sin dinero.

PADRE.—Sí, sí, ya lo comprendo; pero ten en cuenta que todavía eres un estudiante. Cuando seas profesionista ya verás que te parecerá todo distinto. Por ahora confórmate con tus dos pesos; no es conveniente que los muchachos traigan dinero.

BERNARDO.—Precisamente lo que pasa es el tiempo y yo sigo formándome una personalidad que no quiero. Siempre me imagino que soy distinto. Ni siquiera puedo tener amistad con muchachas, porque sin dinero. . . ¡ni pensar que nos hablen!

PADRE.—¡Ah, qué muchacho! No te preocupes ni te formes complejos; siempre habrá gente decente que pueda hacer amistad sin interés. *(Viendo el reloj.)* Bueno, ahora acuéstate que ya es hora de dormir, y organízate en tus cosas; haz la tarea temprano. *(Casi saliendo.)* Y procura ser más amable con mamá, ¿eh?

BERNARDO.—¡Mamá! . . .

PADRE.—*(Antes de irse le da una moneda de veinte centavos.)* ¡Guárdalos, te van a hacer mucha falta! . . . *(Le aprieta las manos y sale.)*

ESCENA VI

BERNARDO se queda solo y contempla pensativo la moneda.

BERNARDO.—¡Veinte centavos! ¿Qué quiere darme a entender? *(Se oye la voz de su padre: "Veinte centavos y era tan feliz como cualquiera." Echa la moneda al aire, la coge de golpe y la guarda. De nuevo se oye la voz del padre: "¡Gente decente que puede hacer amistad sin*

interés!" . . . "¡Me gustaría que me tuvieras confianza!" . . . (*Repentinamente las voces de su papá y su MADRASTRA, que discuten en el comedor, apagan a estas otras imaginarias. BERNARDO se pone a escuchar con la puerta entreabierta.*)

MADRASTRA.—(*Sollozando.*) ¡Es imposible ese muchacho! . . . ¡No sólo me ha perdido el respeto, sino que ha creado una situación insostenible! . . . ¡Yo no lo soporto más! . . .

PADRE.—¡Cálmate, mujer!

MADRASTRA.—¡Si yo me casé contigo fue porque nunca pensé que llegaríamos hasta este punto! . . . ¡Yo tolero todo. . . , menos que me pierdan el respeto! ¡Dentro de poco hasta mis propios hijos me van a hablar así!

PADRE.—Bernardo es chico, tiene sus problemas.

MADRASTRA.—¡Es un vago; eso es lo que es! . . . Este será el segundo año que reprueba secundaria.

PADRE.—Yo he esperado que reaccione, pero todo es inútil. Lo que va a necesitar es un castigo, hay que controlarlo. Y no me gusta que llegue tan tarde a la casa. . .

MADRASTRA.—A mí no me hace ningún caso. Tampoco me gusta nada que fume. ¡Vete a sa-

ber con qué clase de amistades anda!... ¡Yo ni siquiera le puedo hablar! (*Conforme se va desarrollando este diálogo, BERNARDO se inquieta cada vez más hasta mostrarse furioso.*)

PADRE.—Todo eso me preocupa grandemente, me disgusta, y no lo permitiré de ningún modo... ¡y menos voy a consentir que repruebe el año!

MADRASTRA.—No está bien que ande con amigas todavía, es malo a su edad. ¡O lo pones a trabajar o lo metes de interno, porque yo ya no lo aguanto más!

PADRE.—Tienes razón. Cualquier cosa será mejor que dejarlo andar con esos niños ricos que todo lo piden al papá. No estoy dispuesto a que sea un inútil. El problema no sólo son sus sentimientos, sino su futuro...

MADRASTRA.—Será preferible hablar con él claramente, porque ya no quiero atenderlo si él no me respeta como debe. Es un muchacho sumamente indolente e irresponsable y es nuestro deber corregirlo.

PADRE.—Yo creo que esperaremos mejor a que termine el año, y si continúa portándose mal, entonces ya tomaremos medidas. Bueno, anda, ya vete a dormir, querida. (*Le da un beso.*) Hasta mañana.

MADRASTRA.—Hasta mañana.

BERNARDO.—(*Cierra la puerta bruscamente. De un manotazo arroja los libros de la mesa al suelo y, tomándose la cara entre las manos, exclama con voz ronca:*) ¡No!...

ESCENA VII

El comedor. Las siete de la mañana del día siguiente. BERNARDO llega con sus libros, los pone en la mesa, toma unos panes, los rebana, y de repente nota a la MADRASTRA junto a él.

MADRASTRA.—Bernardo, ¿qué quieres desayunar? Hoy no tenemos sirvienta. (BERNARDO se vuelve, molesto, mientras ella le sirve un vaso de leche.)

BERNARDO.—¡Usted no tiene por qué!... (Toma sus libros y sale a la calle.)

MADRASTRA.—(Queda desconcertada con la jarra en la mano y lo mira salir.) ¡Espera!...

ESCENA VIII

La calle. BERNARDO camina cabizbajo con las manos en las bolsas y los libros bajo el brazo.

BERNARDO.—(*Bajito.*) ¡No quiero ayuda! (MARTHA y MARISA, dos jóvenes estudiantes, con uniforme de algún colegio, pasan junto a él.)

MARISA.—(*Mirándolo.*) ¡Adiós!...

BERNARDO.—(*Sonriente.*) ¡Hola! ¿Qué tal, Marisa?

MARISA.—Mira, te presento a una amiga.

MARTHA.—Mucho gusto.

MARISA.—¿Adónde vas?

MARTHA.—¡No irás al Colegio!... (*Ríen las dos amigas.*)

MARISA.—¡Tú cállate!...

BERNARDO.—Qué, ¿ustedes no van a ir?

MARTHA.—¡Nos vamos de pinta!

MARISA.—¿Para qué lo dices? Así no tiene chiste.

MARTHA.—Te imaginas la cara de la "Araña"...

MARISA.—¡Bah! ¡La vieja loca!...

BERNARDO.—¿Quién es la Araña?

MARTHA.—¡Ay!... Una vieja que nos tenía castigadas.

MARISA.—Nos brincamos la barda. (*Enseña los codos raspados.*) Mira, esta...

MARTHA.—¡Ay, sí! Esta burra me aventó, ibas a decir, ¿verdad?

MARISA.—¡Mira, ahora sí!... ¡Por favor! ¿Qué va a decir mi vecino?

MARTHA.—¿Tu vecino... de veras? ¡Qué simpático!

BERNARDO.—Sí, Marisa vive enfrente...
(*Pensativo.*) No, vive junto a mi casa.

MARISA.—Mira cómo eres; ya ni sabes dónde vivo.

MARTHA.—¡Qué pesado! (*Le da un manotazo en la espalda.*)

MARISA.—¡Ay, cómo serás! (*Jala del suéter a MARTHA.*)

MARTHA.—¡Estáte quieta!... ¡Bernardo aguanta horrores! (*Empuja con la mano a MARISA.*)

MARISA.—Ya se puso rojo, no seas música.

BERNARDO.—Bueno... yo creo que se va a hacer tarde...

MARTHA.—¡Ay, tú, vente con nosotras!

MARISA.—¡Sí, ándale, vámonos de pinta!

BERNARDO.—¿Adónde van?

MARTHA.—Aquí a tomar un café y a descansar del colegio.

MARISA.—¡Martha, estás dando muy mal aspecto!

MARTHA.—¡Ay!... ¿Verdad que no molesto, Bernardo? (*Él sonríe.*)

MARISA.—Bueno, ¿vienes con nosotras o no?

BERNARDO.—¿Por qué no? (*Echan a andar los tres, pero apenas han dado unos pasos, se acerca ENRIQUE.*)

ESCENA IX

Dichos y ENRIQUE.

ENRIQUE.—¡Bernardo!... ¡Bernardo!...

MARTHA.—(*Dándole un codazo a BERNARDO.*) ¿Quién es, tú?BERNARDO.—(*Volteando.*) ¡Ah, es un amigo del salón!MARISA.—(*Tomándolo del brazo.*) ¡Dile que soy tu novia, ándale!...

ENRIQUE.—Qué, ¿no vas al colegio?

MARISA.—No, vamos a tomar un café. ¡Como casi nunca nos vemos!...

ENRIQUE.—(*Mirando intrigado a BERNARDO.*) ¡Qué calladito te lo tenías!...MARTHA.—(*A BERNARDO.*) ¡Ándale, preséntame!ENRIQUE.—(*Tomándole la palabra a MARTHA.*) Mucho gusto, señorita. Enrique Rodríguez, a sus órdenes.MARTHA.—Llámame Marthita; yo te diré Quique. (*Sin dejarlos hablar.*) ¿Por qué no vamos a Chapultepec?

MARISA.—Sí, y allí platicamos en la cafetería.

ENRIQUE.—Vamos, pues.

MARISA.—(*Al oído a BERNARDO.*) ¡Quisiera que nos invitaran a remar toda la mañana! (*Caminan todos juntos y las carcajadas de MARTHA suenan cada vez más estruendosas.*)

ESCENA X

El café, un día después por la noche. CARLOS está sentado dibujando algunas cosas en servilletas que toma de un vaso. Luego llega ENRIQUE.

ENRIQUE.—(*Llegando.*) ¿Qué hora tienes, Carlos?

CARLOS.—Las seis. ¿Por qué?

ENRIQUE.—Nada, estoy nervioso.

CARLOS.—No te vayas a rajar, ¿eh? Tengo una hora haciendo los planes.

ENRIQUE.—¿Crees que el novato nos ayude?

CARLOS.—¿Bernardo? ¡Claro que sí! Me debe dinero, y seguro que le gustan las emociones fuertes.

ENRIQUE.—A mí también me debe veinte pesos.

CARLOS.—¡No sé por qué' gasta si no tiene!...

ENRIQUE.—¿Te acuerdas de la loca ésa de la Marisa?

CARLOS.—¿La güera teñida?

ENRIQUE.—Sí, es la novia de Bernardo.

CARLOS.—¡Ay, ese cuate es un tonto!

ENRIQUE.—Ayer fuimos a Chapultepec y le compró todo lo que quiso...

CARLOS.—Y tú pagaste, ¿no?

ENRIQUE.—¡Qué remedio, es mi amigo!

CARLOS.—Pues nos tiene que ayudar. A mí me debe diez pesos desde la otra noche que jugamos baraja. Así irá aprendiendo a abrir la boca sólo cuando pueda pagar.

ENRIQUE.—(*Muy preocupado.*) Oye, ¿y no hay peligro?

CARLOS.—¡Tú crees que no lo he pensado!... Tenemos que hacerlo bien para que nadie sospeche. Además, últimamente ha habido muchos casos; no creo que uno más sea descubierto porque lo hagamos nosotros.

ENRIQUE.—¿Por qué no buscamos mejor otra cosa?

CARLOS.—Ya está listo. Lo he estudiado mucho. Mira, el viejo ese regresa siempre al sitio con el coche a las ocho en punto para comer algo. Nunca lleva armas y por lo menos trae en la cajuelita como trescientos pesos.

ENRIQUE.—¡Trescientos pesos!... ¿Tanto así?

CARLOS.—¿No ves que desde temprano está haciendo dejadas por la ciudad?... Calcula.

ENRIQUE.—Pero...

CARLOS.—¡No te vas a rajar ahora! ¿A poco no necesitas dinero?

ENRIQUE.—No, pues sí necesito; pero pueden pasar muchas cosas.

CARLOS.—¡Cómo crees! Un caso más es insignificante. ¡Que se dé de santos el ruletero que seamos nosotros los asaltantes!...

ENRIQUE.—¿Y cómo lo vamos a hacer?

CARLOS.—Mira, el novato sólo tiene que parar el cocodrilo como si se fuera a subir. Entonces yo me meto por la otra puerta de adelante y amenazo al chofer con una pistolita sin carga que tengo en mi casa, y tú tienes que estar listo para golpearlo en la nuca por la ventanilla cuando él se sorprenda. Después, tranquilamente, me cubres como si platicaras mientras yo saco el dinero.

ENRIQUE.—¿Y si le pasa algo al ruletero?

CARLOS.—No tienes por qué pegarle muy fuerte. Además, ahora andan atemorizados.

ENRIQUE.—¿Pero por dónde le doy?

CARLOS.—¡Por la ventana, hombre! Si no le pegas bien, estoy yo para darle otra vez.

ENRIQUE.—¿Y Bernardo?

CARLOS.—Él puede correr si quiere, después de hacerle la seña de parada al coche.

ENRIQUE.—¡Mucho arriesga el que quiere algo!... (*Ambos se miran muy pensativos.*)

ESCENA XI

Dichos y BERNARDO que llega cabizbajo.

CARLOS.—(*Se levanta.*) ¡Tenemos algo muy importante que hablar, Bernardo!... (*Le explica a BERNARDO todo lo que han estado tramando; éste se muestra renuente a lo que le proponen, pero ellos insisten con imposición.*) ¡Tú tienes que ayudarnos!

ENRIQUE.—¡Yo te presté veinte pesos y tienes que pagarme!

CARLOS.—¡Si no pierdes nada... sólo es un momento y nadie lo sabrá!

ENRIQUE.—¡No le pasará nada al ruletero! ¡Tienes que venir! ¡Ya contamos contigo!...

CARLOS.—¿No tendrás miedo?

BERNARDO.—Necesito dinero; pero no está bien hacerlo.

ENRIQUE.—¡No seas tonto!... ¡No pareces hombre!...

CARLOS.—¡Eres un niño! (*BERNARDO lo mira*

*fijamente, pero ya no lo oye. En su cerebro sue-
nan las voces de la MADRASTRA y las amigas que
dicen: "¡Niño!... ¡Niño!... ¡Niño!... ¡Ni-
ño!")*

ESCENA XII

*La calle. Se reproduce la primera escena y se ve
a BERNARDO al frente, como si quisiera decir
algo. De pronto, entre los pitidos de la policía
se oye un frenón de ruedas, un claxon y BER-
NARDO cae con la cara contraída. Los amigos
se alejan corriendo y los ruidos se calman. Todo
queda en silencio.*

ESCENA XIII

*Transcurrido un momento vuelven los murmu-
llos de la gente que se acerca formando corro,
y en medio de los pies de todos, junto a la rueda
del coche, está BERNARDO tendido en el suelo
con un brazo ensangrentado, empuñando fuer-
temente la moneda de veinte centavos que le
había dado su padre...*

FIN DE
«LA MONEDA»

4

AGUAS CRISTALINAS

Cuadro sentimental en trece escenas y un prólogo.

PERSONAJES

EL SEÑOR, jefe de la familia.

LA SEÑORA, su esposa.

CECILIA, hija única.

ELVIRA, joven amiga de Cecilia.

CARLOS, joven de veintidós años.

SEIS JÓVENES DE AMBOS SEXOS.

La acción en México. Época actual.

PRÓLOGO

El agua cristalina es algo puro y transparente que a veces, cuando baja en arroyos de las montañas, corre, brinca y burbujea, mostrando con ello su condición alegre y vivificante. Asimismo, una muchacha adolescente es también como el agua cristalina: corre, brinca, canta, grita y muestra con ello las ilusiones imperativas propias de su edad juvenil.

Si se dijera que el agua de un arroyo está envenenada, nadie la tomaría y se perdería en el mar. Si alguien interpretara mal la alegría o los sentimientos de una muchacha y lo divulgara, le haría más daño que el que ella pudiera hacerse siendo mala.

El agua es algo puro que necesitamos para vivir y no podemos ensuciarla si la hemos de tomar.

ESCENA I

Sala elegante en una casa moderna de gente bien acomodada. Son las nueve de la mañana de un domingo. El SEÑOR, gordo, en bata, sentado a la mesa, lee el periódico mientras desayuna. La SEÑORA, mujer delgada, dominante, llega en bata y se sienta también a la mesa. Es una mujer severa con su única hija, y logra imponerse siempre, hasta al mismo marido. Es apasionada por la canasta, por las reuniones con sus amigas, déspota con las sirvientas; no tiene ninguna confianza en su hija, a la que considera una caprichosa, y nunca trata de comprenderla. El SEÑOR es el eterno padre con dinero, complaciente y constantemente obligado, por las escenas de su mujer, a ser enérgico para aplicar los castigos a su hija.

SEÑORA.—(*Se sienta frente a su marido en una mesa larga.*) ¿Qué lees, Pedro?... (*Pausa.*) ¡Pedro!...

SEÑOR.—(*Distraído.*) ¿Eh?... Los muñequitos de ayer... están chistosos.

SEÑORA.—¿Ya mandaste el regalo?

SEÑOR.—¿Cuál regalo?

SEÑORA.—¡No lo has mandado! Me vas a hacer quedar mal... Elenita se ha portado fantásticamente con nosotros... y qué mejor que el bautizo de su bebé para corresponder...

SEÑOR.—¡Ah, sí, sí, lo mandé desde ayer!
(Levantándose con los periódicos y acercándose a ella.) Ya ves yo nunca me olvido de nada.
(Se retira mostrando cara de fastidio hacia su mujer.)

SEÑORA.—¡Pedro! No se te olvide el jaquet para hoy, acuérdate que tenemos la boda del hijo de la señora que nos vendió el piano. *(Sale el SEÑOR y ella queda desayunando.)*

ESCENA II

Una escalera por donde bajan a la sala CECILIA, la hija y ELVIRA, su amiga. Ambas son jóvenes, de catorce a dieciséis años, visten tobilleras y traen su velo de misa. Las dos se muestran contentas.

CECILIA.—*(Baja delante y se asoma al ventanal que está junto a la escalera.)* ¡Mira!...

ELVIRA.—*(Se acerca riendo.)* ¡Ay, no estés jugando, Cecilia!

CECILIA.—¡Tú acércate!

ELVIRA.—¡Míralos!...

CECILIA.—Te dije que Pepe se iba de día de campo.

ELVIRA.—¡Corre a ver si te llevan!

CECILIA.—¡Oh, no juegues!

ELVIRA.—¡La que juega eres tú! ¿Cuándo

te vas a convencer que ese muchacho no te hace caso?

CECILIA.—Si no es Pepe en particular el que me interesa; me importa poco quién sea... Yo lo que quiero es tener muchos, pero muchos novios.

ELVIRA.—Yo nada más quisiera uno, pero casarme con ése.

CECILIA.—¡Ay, no; a mí no me interesan!... Yo quisiera conocer miles de muchachos para algún día enamorarme verdaderamente de uno. ¡Ya me chocan los escuintles esos que se creen mis novios!... ¡Entre todos juntos no valen ni por uno solo!

ELVIRA.—Nada más ves una escoba con pantalones y ya crees que viene tu príncipe azul...

CECILIA.—¡Qué importa lo que sea, pero que venga! (*Se oye la voz de la mamá.*)

SEÑORA.—¡Cecilia! ¿Ya te vas a misa?

CECILIA.—(*Como asustada, agacha la cabeza.*) Sí, mamá.

ELVIRA.—Sí, señora, ya nos vamos.

SEÑORA.—¿Qué tal están en tu casa, preciosa?

ELVIRA.—Muy bien, señora, muchas gracias.

SEÑORA.—Bueno, ya váyanse; son cinco minutos para las diez.

CECILIA.—Sí, mamá, ya nos vamos.

ELVIRA.—(*Abriendo la puerta.*) Adiós, señora.

SEÑORA.—Elvira, no tarden más de cinco minutos en regresar después de la misa. Te encargo mucho a mi hija.

ELVIRA.—Sí, señora.

SEÑORA.—¿Lo has oído, Cecilia? ¡Cinco minutos después de la media!

ESCENA III

Caminan en la calle las dos muchachas agarrando el velo con las manos.

CECILIA.—(*Mirando a la derecha.*) Vamos antes a tomar un refresco a la tienda.

ELVIRA.—¡Ay, no! ¡Acuérdate que tu mamá se enoja!

CECILIA.—¡Vente, vamos!

ELVIRA.—No, se nos va a hacer tarde para la misa.

CECILIA.—¡No nos va a estar esperando toda la gente, si llegamos tarde!

ELVIRA.—(*Se ríe.*) ¡Cómo serás! Bueno, vamos! (*Caminan hasta una miscelánea donde hay un refrigerador con cervezas y refrescos.*)

ELVIRA.—(*Entra hasta dentro.*) ¿Tiene chiclets, señor?... (*El SEÑOR ni se ve ni se oye.*)

CECILIA *queda junto al refrigerador y lo abre para sacar un refresco cualquiera. Un joven viene también a destapar una cerveza y estorba a CECILIA.*)

JOVEN.—*(Haciéndose a un lado apenado.)*
¡Perdón!

CECILIA.—No tenga cuidado. *(Intenta destapar su refresco pero no puede.)* ¡Ay!... *(Sonríe.)*

JOVEN.—¿Me permite? *(Toma el refresco y ella se lo da muy contenta; pero al intentar abrirlo tampoco puede.)*

CECILIA.—¡Estos aparatos sirven para todo menos para destapar refrescos! *(Ríe mirándolo.)*

JOVEN.—¡Ya está!... *(Al destaparlo se moja la mano.)*

CECILIA.—¡Ay, gracias!... ¡Qué pena, se mojó por mi culpa!

JOVEN.—¡No tenga cuidado!... *(Sonriendo destapa también su cerveza y CECILIA espera a que la tenga lista para tomar al mismo tiempo su refresco.)*

JOVEN.—¡Qué calor!... *(Los dos beben, mirándose por un lado de la botella.)*

ELVIRA.—*(De vuelta.)* ¿Ya Cecilia?...

JOVEN.—(*Reconociendo a ELVIRA le tiende la mano.*) ¿Cómo estás, Elvira?

ELVIRA.—(*Sorprendida.*) Ay, ¿qué tal? Mira, te presento una amiga.

CECILIA.—(*Sonriente tiende la mano.*) ¡Encantada!...

JOVEN.—Creo que ya nos conocíamos...

CECILIA.—¡Estos refrescos!... (*Ríen todos.*)

ELVIRA.—¡Bueno, ándale, Cecilia, se nos hace tarde!

CECILIA.—¡Ansiosa! ¡Espérate a que acabe mi refresco!...

JOVEN.—(*Viendo los velos.*) ¿Van o vienen de misa?

CECILIA.—Venimos de misa... (*ELVIRA pone mala cara, pero se ve obligada a callar, por su amiga.*)

JOVEN.—¿Por qué no vamos a platicar al parque un rato?

ELVIRA.—Es que ya es muy tarde y nos van a regañar...

CECILIA.—Acuérdate que mi mamá dijo que hasta las once.

JOVEN.—Son diez y cinco apenas...

CECILIA.—¡Vamos al parque entonces!

ELVIRA.—Qué, ¿no te vas a tomar el refresco?

CECILIA.—No, si casi no tenía sed.

ELVIRA.—Vamos, pues. (*Se van los tres muy animados.*)

ESCENA IV

Nuevamente la casa de CECILIA. La mamá vestida elegantemente se encuentra parada junto a un reloj que da las 11.30. Suena el teléfono y se dirige a contestarlo.

SEÑORA.—¡Bueno! (*Sonríe y hasta parece feliz, deshaciéndose en atención.*) ¡Sí, sí, soy yo, Adelita!... ¿Qué tal están todos por allá? Nosotros felices; no nacimos más que para darle gracias a Dios... Cecilia, divina como siempre. Sí, fue a misa... (*Cambiando la expresión de su rostro por completo.*) ¿En qué parque? (*Volviendo a sonreír.*) Sí, se ha de haber ido con su amiguita a jugar un rato... ¿Qué dices? De seguro debe ser el hermano de Elvirita... Sí, sí, gracias. ¡Ay, no, yo no pienso eso! Hiciste muy bien; pude no haber sabido dónde estaba mi hija. ¡Gracias!... ¡Sí, cómo no! ¡Has luego! Salúdame mucho a Prudencio... ¡No, no, te repito que no he pensado eso! Mil gracias de todos modos. (*Sonríe hasta dejar de hablar. Luego cambia de semblante y cuelga de golpe la bocina. En ese instante se oyen las voces de las muchachas y suena el timbre*

con un sonido melodioso semejante a una canción.)

ESCENA V

La SEÑORA; CECILIA y ELVIRA que llegan. Luego, el SEÑOR.

SEÑORA.—(*Abre la puerta muy enojada en el momento en que CECILIA le está dando a ELVIRA una paleta helada.*) ¡Cecilia!... (*Las dos se asustan y tiran la paleta.*)

CECILIA.—¡Mamá!...

SEÑORA.—(*Gritando.*) ¡Entra...! (*Las dos entran muy nerviosas.*) ¿Qué hora es? (*Ninguna contesta.*)

SEÑORA.—¡Te dije cinco minutos después de la misa! ¡Tu padre y yo ya estamos hartos de esperarte!... ¿Adónde fuiste? ¡Mírame a los ojos!... ¡Te estoy hablando!... ¡Responde a tu madre! (*Se acerca.*) ¡Yo no quiero una hija loca!... (*La toma por los hombros y la zarandea.*) ¡Y todas mis amistades lo dicen de mi hija!...

CECILIA.—(*Decidida.*) ¡Mamá, ya me cansaste!...

SEÑORA.—¡Cállate! (*Le da una cachetada.*)
CECILIA *se tapa la cara con la mano y corre llorando hacia otro lado.*)

ELVIRA.—¡No le pegue, señora! ¡Déjeme hablar con ella!...

SEÑORA.—¡No tienes que decirme nada!... ¡Yo sé quién tiene la culpa!

SEÑOR.—(*Bajando por la escalera.*) ¿Qué pasa?

SEÑORA.—¡Déjala! Está castigada por desobedecerme.

ELVIRA.—Señora...

SEÑOR.—(*Cortando.*) Quédate a comer con ella; ya nos tenemos que ir y no le tengo confianza como para dejarla sola. (*Al SEÑOR.*) Vámonos. (*Toma su bolsa y sus guantes y al llegar a la puerta, el SEÑOR le ayuda a ponerse las pieles.*)

SEÑOR.—¡Perdónala! Es tu hija y está llorando...

SEÑORA.—¡Ya la estuve esperando antes! ¡Ahora se me hace tarde! (*Salen.*)

ESCENA VI

ELVIRA y CECILIA. Ésta, sentada en un sillón, continúa llorando.

ELVIRA.—¡No llores, Cecilia! Ellos tienen razón. Eres tú la que tiene la culpa. ¿Por qué no procuras entender a tus papás, conocer sus defectos, sus cosas buenas? Cómo te diría...

¡Aprende a quererlos como son y sabrás obedecerlos!

CECILIA.—No lloro por eso ¡Total qué me importa! ¡Que me maten si les da la gana! ¡Estoy cansada de ellos... de su forma de ser conmigo, de sus chismes!...

ELVIRA.—¡Cecilia! Son tus padres; como quiera que sean debes quererlos.

CECILIA.—¿Quererlos? ¿Qué importa que los quiera yo, si de nada les sirve?... ¡Prefieren que les mueva la cola el perro! ¡No sabes cómo te envidio, Elvira!... ¡No tener dinero y poder tan sólo platicar con ellos, decirles tontearías, si tú quieres, pero que me tomen en cuenta! ¡Contarles... hasta chistes colorados, pero siquiera que me vean, que me digan que existo y que sirvo para algo! ¡No quiero oír de sus problemas por mi culpa, de sus amistades chismosas que hablan de mí, ni quiero seguir sintiendo que les molesto!...

ELVIRA.—Tienes que comprender que tus papás trabajan mucho; que no tienen tiempo de ocuparse de ti y por eso debes quererlos más todavía.

CECILIA.—¡Tiempo! (*Despectiva.*) ¡Eso es lo que les sobra!... A sus actividades sociales yo les llamaría ociosidad. ¡Ya me imagino la boda

de hoy!... Un casamiento por conveniencia, donde cientos de gentes aprovechan para ir a comer. Por la noche, un bautizo para otro tanto. Después de todo, para eso sirven los hijos...; nos lucen, nos llevan, nos traen, nos compran ropa y nos ponen nanas cuando somos chicos. De vez en cuando nos hacen una caricia para que nos acordemos que son nuestros padres y no le digamos mamá a la sirvienta; luego los "eventos" por los que desfilamos: primera comunión, con los padrinos ricos para arreglar un negocio; fiestas de cumpleaños donde quieren a la fuerza que seamos felices; y por fin, su hora soñada: "LOS QUINCE AÑOS." (*Con desprecio.*) Gran fiesta; baile; nos hacen señoritas de la noche a la mañana, nos cuidan para que no andemos en la calle con cualquiera y nos buscan a alguien conveniente y con dinero para que los libre del estorbo...

ELVIRA.—(*Conmovida.*) ¡No pienses así! ¡Es cruel para ti misma! Yo soy pobre, pero me acuerdo que hace un año estaba como tú ahora; unas viejas chismosas no sabían interpretarme bien. ¡Qué tiene de malo que saludemos a un muchacho o tomemos nieve con él! La gente chismosa hace cosas muy crueles para pasar el tiempo. Lo bueno lo hacen malo y lo ma-

lo lo hacen peor, porque buscan el mal en todas partes y no piensan que es en su alma donde está. ¡Y todavía quieren que seamos buenas! Es como si tuvieran que beber el agua cristalina de un arroyo después de haberse metido con zapatos en ella, sin darse cuenta que al beberla las manos les quedan limpias. . . , ¡pero la boca sucia!

CECILIA.—¡Elvira!. . . (*Se abrazan las dos llorando.*)

ESCENA VII

La misma sala. Meses después. CECILIA y sus padres.

CECILIA.—(*Baja la escalera arreglada para una fiesta.*) ¡Papá!

SEÑOR.—¿Ya lista, mi hijita? ¡Estás preciosa! (*Le da la mano para bajar. Entra la SEÑORA y se queda mirándola.*)

CECILIA.—Ya me voy a casa de Elvira, mamá. ¿Me das dinero?

SEÑORA.—¡Regrésate a tu cuarto; no vas!

SEÑOR.—¡Mujer!. . .

CECILIA.—¿Y puede saberse por qué?

SEÑORA.—¡No hables así, Cecilia!

SEÑOR.—¿Por qué? Cecilia sólo está preguntando. . .

SEÑORA.—¿Y vas a ser tú quien la apoye?

SEÑOR.—¡Yo no estoy apoyando a nadie!. . .

¡Estoy cansado de ti!... ¡No quiero oír más tonterías tuyas!

CECILIA.—¡Papá, no se peleen! (*Sube corriendo.*) ¡Papá!...

SEÑOR.—¡No pienso seguir ayudándola a escaparse a fiestas, para luego estar aguantándote escenas tontas!... Tú que tanto cuidas el prestigio de esta casa, no haces más que el ridículo saliendo como loca a buscarla siempre. Tanto si hay sol como si llueve, tú andas por todas las casas de enfrente averiguando dónde está, y nadie tiene por qué saber si tu hija va a fiestas o se queda en casa, si se está bañando o le dio la gana de dormirse.

SEÑORA.—¡Pedro!

SEÑOR.—Peor te ves tú jugando canasta, regresando en la madrugada, tomando wiskies y cuidando el dinero de asilos para niños que no son tuyos. (*Se entristece.*) ¡Yo nunca hablo, pero el día que me haces hablar!... (*Se va sin decir más, mientras la SEÑORA hace ademán de secarse unas lágrimas.*)

ESCENA VIII

La casa de ELVIRA. Un cuarto amueblado con sencillez. Son las ocho de la noche. Suena un cha cha cha y se ven algunos jóvenes bailando. ELVIRA aparece ofreciendo sandwiches en una charola. CARLOS, el joven de la miscelánea, está sentado.

ELVIRA.—¡Baila, Carlos, estás muy triste!...

CARLOS.—¿Por qué no bailas conmigo?

ELVIRA.—Me van a regañar... (*Ríe mientras deja la charola en algún mueble y se dispone a bailar; pero suena el timbre y cogidos ambos de la mano van a abrir la puerta.*)

CECILIA.—(*En la puerta.*) ¡Buenas noches!... (*Confusa, se dirige hacia dentro sin darles siquiera la mano. Antes de que se siente, un joven se dirige hacia ella invitándola a bailar. Ella acepta y comienzan a danzar.*)

ESCENA IX

Unas horas después. El piso aparece ya sucio. La música ha cambiado de ritmo y es ahora suave y romántica. CECILIA baila abrazada del mismo joven y, al cesar la música, le pide permiso para ir a tomar una limonada. CARLOS, que estaba a un lado fumando y observándola, sale a su encuentro.

CARLOS.—¡Cecilia!...

CECILIA.—¿Qué?

CARLOS.—¡Nada! ¡No has querido bailar conmigo!...

CECILIA.—No te había visto. Qué, ¿no te gusta verme contenta y bailar?

CARLOS.—No es eso; tú lo sabes. Ya son tres meses, Cecilia, tres meses que no pienso en otra cosa... Sí, quiero verte feliz; es más, soy feliz viéndote contenta; quiero verte bailar, deseo lo mejor para ti... ¡Pero conmigo, conmigo nada más!

CECILIA.—¡Carlos, nunca me habías dicho eso! *(Se abraza de su cuello.)*

CARLOS.—*(Mirándole a los ojos, sonríe y la toma de los brazos.)* ¿Es que no es suficiente mi mirada para decirte que te quiero?

CECILIA.—Nunca me había detenido a mirarte bien, ¿sabes? Pero ahora he aprendido muchas cosas.

CARLOS.—¡No sabes cómo me gustaría conocer a tus padres!... *(La música romántica languidece. ELVIRA, medio dormida, platica en un rincón con el joven que antes bailaba con CECILIA, el cual fuma incesantemente con muestras de gran nerviosidad. En el momento en que suena el reloj dando las dos, todos se disponen a salir y unos tras otros se despiden.)*

ESCENA X

La casa de CECILIA. Suenan las cinco de la mañana. Con paso vacilante, CECILIA entra de la calle y se dirige a la escalera, mostrando una aparente serenidad; mas de pronto se apoya en el barandal y rompe a llorar. Poco a poco se recobra y sube despacio a su recámara. Apenas entra en ella, se abre de nuevo la puerta de la calle y entran los padres, tristes y vistiendo de luto.

SEÑOR.—No debimos haber estado tanto tiempo.

SEÑORA.—¡Era mi padre; debí haberme quedado hasta mañana! (*Se sienta y solloza tristemente.*)

SEÑOR.—¡Trata de consolarte!... Ha muerto rodeado de todos los que lo quieren. Nada se puede hacer ya; ese es el tributo que todos tenemos que pagar.

SEÑORA.—¡Mi padre nunca permitió nuestras relaciones y yo lo hice sufrir mucho!...

SEÑOR.—Tu padre es feliz, sabiendo que tú lo eres. (*Le toma la mano.*)

SEÑORA.—¡Yo me voy a volver loca!... (*Llorando amargamente.*) ¡Todo ha cambiado tanto!... (*Agarra las manos de su marido.*)

SEÑOR.—(*La mira con gran cariño.*) ¡Tranquilízate, querida!...

SEÑORA.—Pedro, tú nunca me abandonarás, ¿verdad?

SEÑOR.—¡Pero qué cosas tienes! ¡Ni yo ni Cecilia! ¡Quedaremos para siempre los tres juntos!... (*Cogidos de la mano suben a acostarse.*)

ESCENA XI

Año y medio después. Casa colonial frente al lago de Tequesquitengo. Una terraza con arcadas, una mesita y algunas sillas. Aparecen CECILIA y ELVIRA convertidas ya en dos esbeltas señoritas. Llevan vestidos de playa.

ELVIRA.—Ay, tú, qué fantástica está la casa, ¿eh?

CECILIA.—(*Sonriendo.*) Es de mi tía, ella es muy buena conmigo.

ELVIRA.—Y el lago está precioso. Debes de estar feliz aquí, ¿no?

CECILIA.—(*Se entristece.*) ¡No!...

ELVIRA.—¿Qué te pasa? Sabes, no eres la misma, has cambiado demasiado en un año; el agua de Tequesquitengo no te ha sentado muy bien.

CECILIA.—(*Casi llorando.*) ¡Elvira!...

ELVIRA.—¿Qué?...

CECILIA.—¡No me mires a los ojos, no merezco nada!

ELVIRA.—(*Desconcertada.*) ¿Qué te pasa, Cecilia?

CECILIA.—(*Desconsolada.*) ¡Si tú supieras!...

ELVIRA.—¿Qué te ha pasado? ¡Estás muy rara!... Siento que ya no eres como cuando jugabas conmigo.

CECILIA.—¡Ay, Elvira!...

ELVIRA.—Sabes, en México tus papás te extrañan mucho. Tu papá siempre que me ve, me invita a comer. ¡Son tan finos conmigo!...

CECILIA.—¿Y mamá? ¿Cómo está mamá?

ELVIRA.—Bien, como siempre. ¿Pero cuándo piensas regresar a México? ¡Mujer, te estás haciendo vieja!...

CECILIA.—Tienes que ayudarme, Elvira. ¡No puedo vivir más así; tengo que ir a México y no puedo!... ¡Por eso te he llamado!

ELVIRA.—Dime, Ceci; yo te ayudaré en lo que pueda. (*Mirándola.*) ¡Pero no te pongas así!

CECILIA.—¡Elvira, tienes que ayudarme a mí y a mi niño!...

ELVIRA.—(*Se queda estupefacta.*) ¿Qué?...

CECILIA.—¡Ahora comprenderás por qué no puedo regresar a México!... (*Se echa a llorar.*)

ELVIRA.—¡Pero cómo puede ser!...

CECILIA.—¡Tienes que ayudarme o voy a hacer una tontería! ¡Ayúdame, Elvira!... ¿Por qué no te llevas a mi hijo a tu casa sólo unos meses para que yo pueda ir a México? Yo te juro que no tendrás gastos. Lo veré todos los días, y cuando Carlos regrese de Estados Unidos y se case conmigo, ya no te daré más molestias... Tú sabes cómo son mis papás... ¡Serían capaces de matarme! (*Llorando.*) Más tarde, cuando ya esté casada, aunque lo sepan, porque tendrán que saberlo, como es natural, será mucho más fácil que me perdonen. ¡Tienes que hacer algo, Elvira, para sacarme de este apuro!... ¡Por Dios, a ver qué se te ocurre! ¡No puedes dejarme así, por lo que más quieras! (*Ambas se callan entristecidas.*)

ESCENA XIII

La casa de CECILIA, días después. La SEÑORA aparece hablando por teléfono y en seguida cuelga la bocina. Se oye el timbre y va hacia la puerta. ELVIRA que llega. Al poco tiempo, el SEÑOR.

ELVIRA.—(*Muy abrigada.*) ¡Buenas tardes!

SEÑORA.—(*Con extremada amabilidad.*) Pasa, chulita. Hace mucho frío afuera, ¿verdad? Siéntate. ¡Qué milagro que se te ve por acá!

Desde que el doctor le recomendó a Cecilia descanso por algún tiempo, rara vez vienes.

ELVIRA.—Y don Pedrito, ¿cómo está?

SEÑORA.—Divinamente, chula. Y por tu casa, ¿cómo andan?

ELVIRA.—Muy bien, señora. Muchas gracias.

SEÑORA.—(*Mirándola.*) ¡Si eres toda una señorita!... ¡Así me imagino que ha de estar Cecilia!

ELVIRA.—Sí, se ve muy bien, señora.

SEÑORA.—Todos hemos cambiando mucho en esta casa... ¡Y un año es un año siempre, preciosa!

SEÑOR.—(*Entrando.*) ¡Elvira!... ¡Qué guapa estás!

ELVIRA.—(*Levantándose.*) ¿Cómo le ha ido, don Pedro?

SEÑOR.—Muy bien. ¡Pero eres toda una mujer!

SEÑORA.—¡Pedro!... (*Ríe un poco.*)

ELVIRA.—Por favor; yo lo que quiero decirles ahora que están juntos es que mi visita no ha sido para saludarlos... (*Los dos se miran con sorpresa.*) La verdad, no sabía cómo empezar; pero es muy importante y tiene que ser ya, porque si no pasa hoy, pasará otro día... ¡y será terrible!

SEÑOR.—¡Pero habla, muchacha! ¿De qué se trata?

SEÑORA.—Si en algo podemos ayudar...

ELVIRA.—No, señora; en este caso todo es muy diferente. Se trata de Cecilia.

SEÑORA.—¡Esa muchacha!... ¿Qué tiene Cecilia?

ELVIRA.—Señora, no diga esa muchacha así nada más... Diga Cecilia, mi hija, que es más importante un hijo que nada en el mundo. Yo no soy nadie, pero lo que digo, lo digo porque me importa una sola cosa; algo que, aun siendo una desgracia, es lo más bello para cualquier mujer. ¡Cecilia, señora, es la madre de un lindo bebé!... (*La SEÑORA se queda pasmada.*)

SEÑORA.—(*Levantándose.*) ¡Cecilia!... ¿Mi hija?

ELVIRA.—¡Sí, su hija! ¡Dígalo así!

SEÑORA.—¡No es cierto!... ¡Mientes!

SEÑOR.—(*Conmovido.*) ¡No ha mentido ella, querida!... ¡Y tampoco sé mentir yo!...

SEÑORA.—¿Qué?

SEÑOR.—(*Decidido y dirigiéndose a ELVIRA.*) ¿Dónde está mi hija, Elvira?

SEÑORA.—¡No, Pedro! ¡Si es así, yo prefiero verla muerta!... ¡No entrará aquí esa desdichada!... ¡No seré yo quien la proteja!...

ELVIRA.—No, señora, usted no. Cecilia viene a mi casa porque mi madre y yo la recibimos. A mí no me importa ser pobre y tener que trabajar para mantener a ese niño; pero sí me importa decirle que su hija no es mala, sino una víctima de las circunstancias y de la desgracia. Ella no es más que una muchacha común y corriente, mal interpretada, incomprendida y acomplejada por las cosas de la vida y víctima de la inexperiencia, si usted quiere. ¡Pero es un ser, un ser humano que también siente! . . . Hace un rato, usted dijo que si me podía ayudar en algo . . . ¡y creo que ya lo ha hecho! Me ha convencido de que nunca debí haber venido a esta casa! (*Intenta irse.*)

SEÑOR.—No, Elvira, espera. ¡Ve por Cecilia; ésta es su casa!

SEÑORA.—(*Insegura y conmovida.*) ¡Pedro, yo te lo pido! ¡No quiero verla!

SEÑOR.—¡Tienes que verla; nosotros somos quienes hemos de pedir perdón! Soy yo quien no me atreví a hablar nunca, quien la ayudaba a escapar a tus espaldas; ¡yo que no he sabido ser padre, pero que ahora quiero ser un buen abuelo! . . . He callado cinco meses por miedo . . . ¡Ya es mucho! Los hijos no son lo que hemos creído que eran. ¡Qué desgracia aprenderlo tan

tarde!... ¡Pero así ha sido! (*La SEÑORA calla sin atreverse a decir nada.*)

CECILIA.—(*Abre la puerta y entra.*) ¡Papá!... (*Corre a abrazarlo gimiendo amargamente.*)

SEÑOR.—¡Cecilia, perdóname! (*Abrazados.*)

CECILIA.—(*Va soltando a su papá y se desliza hasta quedar hincada. Entonces vuelve la cara hacia su madre.*) ¡Perdóname, mamá! (*Inclina la cara y sigue llorando. La madre, inmutable, se vuelve hacia otro lado y sus lágrimas van poco a poco cubriéndole el rostro. ELVIRA, que estaba parada en la puerta, sale con pasos lentos y lágrimas en los ojos, mientras que CECILIA toma fuertemente las manos de su padre...*)

FIN DE
«AGUAS CRISTALINAS»

5

MÁQUINAS

*Cuadro de ambiente automovilístico en trece escenas
y un prólogo.*

PERSONAJES

RICARDO, joven de dieciocho años.
DON RICARDO, su padre.
DOÑA ALMA, la madre.
GUILLERMO, joven amigo de la familia.
RAFAEL, corredor de coches.
SILVIA, joven muy moderna.
JOSEFINA, hermana menor de Silvia.
UN AMIGO.

La acción en México. Época actual.